

carlos illescas

**alaíde
en el corazón**

(conversaciones literarias)

Suelo sostener con Alaíde Foppa conversaciones literarias. Algunas sesiones han visto pasar muchas horas, durante las cuales ella evoca autores, libros, anécdotas en el marco de la sociología encaminada a una crítica, discurrante a ratos, epigramática otros, de lo que somos los guatemaltecos puestos bajo la luz de José Batres Montúfar. Asimismo, de Enrique Muñoz Meany, Luis Cardoza y Aragón, Miguel Ángel Asturias, Raúl Leiva y otros escritores guatemaltecos del presente y del pasado.

Exigente con la propiedad de las más amables bebidas espirituosas Alaíde tiene siempre a la mano joviales caldos italianos. Los escancia en pequeñas medidas merced a un gesto que invita a la templanza, prefiriendo por esta causa el ánimo socrático, a la dispersión hedonista de un Rubén Darío, experto en delirios.

Su atención se halla puesta sobre los textos que escucha leer, si de tal exceso de la amistad considerada como paciencia y tolerancia se trata. Toma notas mentales; llegada la ocasión las externa con la suavidad de quien sabe que sus palabras se apoyan en el dilatado conocimiento de los mayores críticos, de los humanistas estrictos, de todos, en fin, quienes no engoman los bienes de la inteligencia sino más bien los extienden hasta darles la libertad de una bandera de la cordialidad echada al viento.

Por ella he sabido que muchos de mis sonetos mienten su pasión materialista, porque en las circunstancias de no ser mecanicistas comparece la mano de la mística con sus divinos puñales rasgando por igual alma y cuerpo. Me ha revelado que no solamente Lope de Vega anda por los encallejona-

mientos endecasilábicos de mis letras profanas, sino también Francisco de Medrano. Para llegar ella a este resultado ha escuchado con paciencia mis enfatismos foneidales, mis exageraciones prosódicas. Eludidos dichos carnavales de la oratoria municipal me decía dulce y persuasivamente algo similar a que en el hecho de que yo invoque y arda entre tantos fuegos, se ofrece a los ojos San Juan de la Cruz, quien ha llamado a la Divinidad también llama perdurable, casa habitada por sombras luminosas. Todo lo decía bien olvidada de que yo, a estas alturas de la elevación verbal, había quedado con el alma amortecida, anonadado de dulzura, solamente sostenido por la energía de un suspiro, sólo por decirlo en la lengua de aquellos clásicos que ella, con provecho, tanto ha fatigado.

En este destorcer los hilos de largas e hirvientes palabras, Alaíde recordaba a uno de sus maestros en literatura, ya hombre de las aulas, ya hombre de la vida cotidiana. Su fidelidad a uno de los maestros más silenciosos pero cuyo poder de ecos no tiene fin, César Brañas, era, resulta, ejemplar. Con prontitud decía muchos de los bellos versos del gran guatemalteco. Recordaba largas tiradas de *Viento Negro*, las estancias más desoladas y también las más cálidas de las letras contemporáneas de la Guatemala civilizada. Los versos no quedaban en lo que son, dagas, penetraciones, dolor apurado con los dientes del alma apretados; los versos, una vez citados, concluían con referencias a la personalidad huidiza de César Brañas, quien llegó a saber tantas cosas que nunca necesitó demostrarlo, a no ser morir con la finalidad

de producir con su cese un vacío que nadie puede llenar.

Pero Rainer Maria Rilke también es su invitado permanente. Desde cualquiera de los ángulos de los espejos que ella le ha puesto a título de tantas trampas como imágenes aquél le sugiere, Alaíde lo captura. Si de la brevedad fulgurante se trata, ella habla con voz de alondra para que Rilke le responda con la suya de ruiseñor. Si de ecos, si de la tersura mediante la cual descubrimos que el yo poético es música desgranada en otra suerte de espejos que son los clavecines que Alaíde ha obtenido en usufructo vitalicio del mejor Juan Ramón Jiménez que heredaron Pedro Salinas y Jorge Guillén, con quienes tanto ha llegado a identificarse. Rilke es profesión de fe, pues, frente a cuyas profundas resonancias ella identifica el continuo descubrimiento de los paisajes de todos los países visitados, de todas las vidas que ha interpretado no sin antes vestir frente a cada uno de ellos, los trajes que corresponden a estación y nostalgia. Rilke, en los *Cuadernos de Malte*, los habría llamado máscaras: los únicos escollos que hallan a su paso, en su correr imperturbable, los espejos.

Ella, como Matlali, la mutación del azul en todos los azules, también ha sabido unir el infinito mar Mediterráneo de las imaginerías micénicas a los colores morados; violentos lilas, tanto como si antes hubiera sido golpeado el aire con los puños, de los países indígenas durante las celebraciones de la Semana Santa entre Cackchiqueles y Quechís. Situada en el justo medio, ha traducido el mestizaje más armónico. De un lado sitúa al poderoso Odiseo y del otro a la doncella maya-quiché, Ixquic. No Nausicaa, la feacia, sino la princesa que engendró a los gemelos de fuego, antecesores en destino y sacrificio a sus hermanos de raza, asesinados el día treinta y uno de enero de 1980 en la embajada española, acreditada en Guatemala, por la CIA y Romeo Lucas.

Su sentido del mestizaje sí es de este mundo. El río Xeck-quijel (río teñido de sangre, en idioma cackchiquel) desemboca en el espejo sabio del Mediterráneo, a tenor de como pudo explicarlo en sus clases universitarias Alaíde, llevada por el neoplatonismo de Ficino, los intrínquilis de Picco de la Mirandola y las cosas eternas del iluminado Nicolás de Cusa.

Esto ha sido parte del hecho de inmortalizar las horas cuando pasan contemplándome conversar con Alaíde Foppa, quien nunca tiene el tiempo necesario para trabajar el caudal de sus versos que va guardando en carpetas infinitas.

Hoy que está ausente sin más razón que la sevicia de sus captores, me he sentado frente a la "huella de su huída" a charlar con las sombras del poeta Huberto Alvarado, asesinado por la dictadura; del narrador José María López Valdizón, asesinado por la dictadura; del cuentista Carlos Figueroa, asesinado por la dictadura; del poeta Melitón Salazar, asesinado por la dictadura; del poeta Roberto Robles, asesinado por la dictadura. He invocado la sombra, también, de la bellísima Rogelia Cruz, cuyo recuerdo arma la poesía y la convierte en bandera de lucha, asesinada por la dictadura.

Todos juntos, teniendo por interlocutora la ausencia de Alaíde, estrechamos la mano y el fusil del poeta Otto René Castillo. Sacrificado al combatir contra el detritus dictatorial que se ha salido de madre y se niega a volver a la cloaca que le corresponde.

A título de coda final, he de decirte Alaíde que conservo parte de un manuscrito tuyo. Se trata de una traducción de la *Fiammeta*, creo, de Poliziano, creo. Y también conservo en el alma, los versos que un día me dedicaste para decirme que tú eres el ser humano más hermoso que me ha sido permitido conocer. **J**

México, D.F., dos de febrero de 1981